

El tamaño de las cabezas

JOSÉ S. CARRIÓN GARCÍA

A mediados del siglo XIX vivió en Francia un antropólogo llamado Paul Broca, cuyo mayor empeño fue demostrar que el volumen de la masa encefálica tenía que ver con el valor intelectual. La sociedad del momento acogió sin reservas sus conclusiones de que el cerebro era estadísticamente mayor en los hombres que en las mujeres, en los blancos más que en los negros, en los hombres eminentes más que en los de talento mediocre. Broca murió en 1880, pero su teoría siguió vigente en Europa durante muchas décadas y cabezas tan ilustres como las de Walt Whitman, Georges Cubier, Turgenev o Anatole France pasaron, a modo de epitafio, por la sala de disección. Broca estaba equivocado, pues el cuanto más mejor no se puede aplicar ni al tamaño del pene ni al número de cuartos de baño de un chalet. En la misma línea, Linneo estableció la existencia de un *Homo troglodites* (hombre de las cavernas), y un *Homo caudatus* (hombre con cola, supuesto habitante de las regiones antárticas); y hasta el bueno de Theilard de Chardin, en la búsqueda del eslabón perdido, nos engañó enterrando juntos un cráneo de hombre moderno con la mandíbula inferior de un orangután. Tenemos una ten-

dencia irracional a enmascarar nuestros prejuicios con una imagen pública de objetividad.

No sé de quién fue la idea de que el acceso a la Universidad debería estar regulada por unos ejercicios en los que, durante apenas dos o tres días, se habría de demostrar la capacidad intelectual de los aspirantes. No arremeteré contra la organización del evento en nuestra Universidad, algo que me ha sorprendido por su excelencia. Pero la selectividad no está diseñada para demostrar nada interesante. La premisa es que el examen convencional puede indicar la cantidad de conocimientos que ha ido acumulando el alumno durante su penuria por la Enseñanza Media. Es la estrechez mental del cuánto más mejor. ¿Quién juzga la capacidad crítica o de iniciativa y la creatividad? ¿Cómo se valora el daño recibido por un sistema educativo que, en plena revolución de las tecnologías de la información, aspira todavía a embutir enciclopédicamente los conocimientos más obsoletos? ¿Quién podrá recuperar a nuestros queridos alumnos tras la presión ejercida para reforzar el conformismo y minar la pasión? Incluso antes de nada, ¿cuántos se habrán ya visto privados de las alegrías del entusiasmo porque un profesor desconsiderado

les dijo una vez que las matemáticas no eran lo suyo? Podemos ponernos un parche en cada ojo, pero este tipo de enseñanza y evaluación tiene los días contados. Es como un tiranosaurio a finales del Cretácico: grande, feroz y presto a extinguirse.

La selectividad es una prueba para medir la capacidad de adaptación de un alumno al sistema actual. Los alumnos notables (o sobresalientes) son los profesionales de la realización de exámenes. Pues bien, por cada alumno adaptado, hay diez inadaptados o incautos, pero igualmente capaces. Está extendida la creencia de que estamos ante un abrumador término medio de mediocridad, que hay razonamientos que la gente ordinaria no puede dominar. Yo diría que la mayoría de la gente puede, pero que gracias a una educación deficiente y a la falta de incentivo, no lo hace. Y el resultado es la riqueza de unos y el desencanto de otros.

Esta selectividad denigra la inteligencia de miles de españoles. No es más que un fiasco embarazoso para unos y aburrido para otros, fiel reflejo del estado lastimoso de la educación en España. Los criterios pueden ser objetivos, pero no son válidos, aunque pongamos toda

nuestra brujería tecnológica a su servicio. Sería más informativo un estudio ponderado de las calificaciones medias de los cuatro años anteriores, dejando la posibilidad de una prueba más exhaustiva para los que no pasarán así.

Como no he nacido anteayer, dudo que se vaya a poner en práctica inmediatamente una reforma de la selectividad. Pero las reformas no se imponen desde arriba sin la presión que se ejerce desde abajo. Y la historia demuestra que las tendencias se invierten, a veces radicalmente. En 1794, durante el Terror, la misma Francia de Broca, atenta a calibrar la intelectualidad, pasaba por la guillotina a Lavoisier, bajo el lema: [La République n'a pas besoin de savants] (la República no necesita sabios). Yo creo que hay más incompreensión y arrogancia que mediocridad. Los problemas prácticos pueden persistir después de muchas cavilaciones, pero aún así seguiré considerando una tragedia personal que algunos alumnos no tengan la oportunidad de realizar los estudios que más desean. La vocación es algo inusual en nuestros días. Ojalá no continuemos extinguendo la luz de la excelencia.

José S. Carrión García es profesor titular de Universidad.